

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo van a dejar de sustituir la reforma fiscal con subidas de precios y congelaciones de salarios?



—¿Cuándo va a empezar de una vez el Año Nuevo?



—¿Cuándo vamos a poder elegir al Alcalde de Madrid? ¡A otro, por supuesto!



—¿Cuántos son los 364.000 trabajadores en paro?



—¿Cuándo va a proporcionarse a la oposición otros pasaportes para que, además de salir al extranjero, puedan salir a provincias a presentar sus programas con entera libertad?



—¿Cuándo dejarán de ser los trabajadores quienes paguen los relanzamientos económicos y los planes de estabilización de la clase privilegiada?



—¿Para cuándo la amnistía?



ESPAÑA



1940

POR EL IMPERIO HACIA EL HAMBRE

Entonces sí que pudimos entrar en Europa, fue nuestra oportunidad más cantada. A Europa se le había retirado la leche de la democracia y don Adolfo Hitler alimentaba a los pueblos del viejo continente con jarabe de palo, como Pedrín el de Roberto Alcázar. Entre Hendaya y Gibraltar, hubiéramos perdido la virginidad y la neutralidad descafeinada, y todos hubiéramos marchado unos años al paso de la oca en vez de estar dale que te pego con el parchís y sin salir de la dictadura, y al cabo del tiempo hubiera llegado Gregory Peck de capitán de las fuerzas aliadas y nos hubiera dado a todos leche en polvo del Plan Marshall.

Pero no estábamos en el año cuarenta para aquellos trotes. Teníamos que reconstruir la tira de cosas: la doctrina nacionalsindicalista, el país, la economía, los

vagones de la Renfe y la biblia en pasta. Teníamos a los alemanes en los Pirineos y nos sentíamos «reserva espiritual de un mundo enloquecido»; algo había que sentirse, mientras la democracia se nos escapaba en las lanchas de Dunkerque, en el vagón del bosque de Compiègne, en los colaboracionistas de Vichy y en las burbujas del Vichy Catalán.

Queríamos ir por el Imperio hacia muchos sitios, pero nos llevó más al hambre, toma, por no beligerantes. Hasta Madre Natura se había hecho nazi, y el frío y la sequía fueron un aguila prusiana que nos cercó. El año del hambre, y Serrano Suñer coqueteando con los alemanes y la «Operación Félix» en un si entro, si no entro, y al pueblo que haga colas o que vaya a los comedores de Auxilio Social.

Y el ministro Carceller, dale

que te pego con el Imperio: «No existe opción en lo político: o se está con Falange o no se existe». Muchísimos españoles no existían. La mayoría silenciosa se inventó entonces, cuando Arellano era alcalde de Bilbao y el liberalismo era pecado y el Tribunal de Represión del Comunismo y la Masonería estaba que no paraba, y el Tribunal de Responsabilidades Políticas, tres cuartos de lo propio. En 1940, la población penal era una de las mayores ciudades del país, que veía cómo se salvaba la patria en concentraciones y misas de pontifical, entre un «clamor de vítores ensordecedores». Y tan ensordecedores, como que ensordecían a la media España que se helaba, a la que empezaba a malvivir en el exilio.

Aquí todo se nos iba en jerarquías y mandos, en vibrantes alocuciones y en consignas totalitarias. Eramos totalitarios hasta las cachas de Celia Gámez, qué delicada con «su público predilecto, las señoras», señoras de estrepelistas, señoras de delegados provinciales y locales, para las que España no era más que «El baile del Savoy» o «La cenicienta del Palacio». Y mientras, el Athlétic Aviación, de uniforme y brazo en alto, ganando la Liga, y todos con una Unidad Sindical y una cosa, y los niños de los rojos integrados en el Frente de Juventudes, con los fusiles de palo y las flechas de cartón.

Andábamos mal de salud. Toda España era un placebo. Nos quitábamos la sarna con Barachol, o con Antisármico Martí, o con Sulfureto Caballero. Mucho Urodonal, mucho Normacol, mucho Fósforo Ferrero, muchas Píldoras Carcasianas del Dr. Brun. Y depurativos. Todo había que depurarlo: los ateneos y las cátedras, los sindicatos y los escalafones. Píldoras y depuración, mientras el país olvidaba y se milagrea emborrachándose con CZ o cantando «Allá en el Rancho Grande». Sí, todos andábamos con los calzones rotos, que el 14 de abril los habíamos empezado de lana y nos los habían terminado de cuero. Y alegre me decía la ranche-



RAMÓN.